

La Beneficencia

Muy pocos saben que donde se encuentra hoy el Hospital Hermanos Ameijeiras en la capital cubana estuvo antes de 1959, la Casa de Beneficencia y Maternidad que daba asilo a niños sin amparo filial

Publicado: Domingo 06 mayo 2007 | 12:00:00 am.

Publicado por: Juventud Rebelde

Estoy seguro de que muy pocos de los que pasan hoy frente al hospital Hermanos Ameijeiras o usan sus servicios saben que en ese sitio estuvo la Casa de Beneficencia y Maternidad, que daba asilo a niños sin amparo filial. La mujer que, por razones económicas o por la «deshonra» de haber cometido un «desliz», se veía imposibilitada de ocuparse de la atención de su hijo, podía entregarlo a aquel establecimiento sin tener que dar la cara o revelar su identidad.

Para eso, en la fachada lateral del edificio que daba a la calzada de Belascoaín, estaba el torno. Se colocaba en él al infante y el depósito giraba al toque de una campanilla. Del otro lado recibía al niño abandonado una monja de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, congregación que atendía aquella institución semiparticular que trataba de suplir la incuria oficial en su intento de redimir males que el Estado no suprimía ni remediaba.

Mi amigo el poeta Norberto Codina, que nació en Caracas y es habanero por amor y vocación, incluyó en su reciente libro *Caligrafía rápida* un texto en el que apresa a La Habana «entre la memoria y los sentidos», y cuenta en esas páginas que, en su infancia «la curiosidad me hacía detenerme a veces junto a las rejas de la Beneficencia, para contemplar en diálogo mudo a mis iguales que desde el otro lado miraban al remolino de la calle con tristeza. No sé si estaba sugestionado por su condición de huérfanos y abandonados, pero esa es la memoria que tengo siempre que paso a la altura de San Lázaro y Belascoaín».

Yo, que de niño, al igual que Codina, fui varias veces al parque Maceo y que tal vez merendé alguna que otra vez en el café Vista Alegre, no me detuve nunca a mirar detrás de los muros de la Beneficencia. Era un coto, me parece, bastante cerrado, y, pese a su césped amable, me horrorizaba ese edificio, que aplastaba con su severidad. Recuerdo, sí, que antes de 1959, en las paradas estudiantiles de los 28 de enero en el Parque Central, y aun en los grandes actos cívicos de a comienzos de la Revolución, eran siempre parte del desfile niñas y niños de la Beneficencia con su bandera cubana enorme. Eran también dos de esos niños —solo varones— los que cada sábado «cantaban» el sorteo de la Lotería Nacional, que se transmitía por radio. Daban vueltas al bombo de donde salían las bolas; una, con el número del billete agraciado, y la otra, con la cantidad de dinero que lo premiaba. Uno de aquellos niños, con una

entonación que se hacía pegajosa, decía, por ejemplo: 62 662 y el otro: cien pesos, hasta que caía el «gordo» y entonces la mesa invitaba al público a examinar la bola.

Abril era aquí el mes de la Beneficencia. Cada año, en esa fecha, salían a la calle numerosas muchachas a fin de recoger en una alcancía de lata la contribución ciudadana. Esa colecta tenía su slogan: «Con lo que a usted le sobra, puede hacer feliz a un niño», divisa que en mi memoria se enlaza con la de la fundación de ciegos Varona Suárez: «Para esos ojos cerrados, tenga usted su corazón abierto».

Las niñas de la Beneficencia vestían de uniforme blanco con pañoleta negra. Llevaban además, al menos en la calle, un gorrito blanco. Y zapatos de los que entonces se llamaban de colegiales. No recuerdo el uniforme de los varones. Todos, niños y niñas, tenían un solo apellido: Valdés.

CASA CUNA

La Casa de Beneficencia y Maternidad no tuvo siempre ese nombre ni se ubicó siempre en el mismo sitio. Hubo antes una Casa Cuna, una Casa de Maternidad y una Casa de Beneficencia. Cuando esas dos últimas se fundieron, la institución comenzó a llamarse Casa de Beneficencia y Maternidad. Pero muchos siguieron llamándole Casa Cuna o, simplemente, la Beneficencia.

Su antecedente más remoto hay que buscarlo en la Casa Cuna que en 1687 u 88 fundó a su costa el obispo Diego Evelino de Compostela. Cuando falleció en 1704, la edificación de aquel albergue estaba sin concluir y la institución carecía de recursos para llevar adelante su empeño. Poco después, su sucesor, fray Gerónimo Valdés, retomó la idea de Compostela y restableció la Casa Cuna en un edificio que construyó en la esquina de Oficios y Muralla. Tampoco progresó mucho. El abandono del gobierno colonial y la administración ineficiente, entre otros males, fueron causas de que aquel establecimiento, que llegó a alojar a 200 huérfanos, se convirtiera en lo que

alguien llamó un sepulcro de expósitos.

Una dama habanera, Antonia María Menocal, dejó a su muerte, en 1830, un cuantioso legado con la indicación de que fuera invertido en obras de caridad. Su albacea decidió destinarlo a la creación de una Casa de Maternidad. Contaría con dos departamentos, «el uno para refugio de aquellas parturientas que deseen cubrir su honor ofendido por alguna fragilidad, y el otro para la conservación y educación de los niños hasta la edad de seis años». La administración colonial secundó esta iniciativa y cedió a la naciente institución el antiguo hospicio de San Isidro, no sin la oposición de los frailes que lo ocupaban. Pero ya en 1831, la Casa de Maternidad tenía edificio propio, en el Paseo del Prado.

Desde mucho antes existía la Casa de Beneficencia, emplazada en terrenos situados frente a la caleta de San Lázaro, zona conocida entonces como el Jardín de Betancourt. Su creación fue iniciativa de un grupo de habaneros ilustres entre los que figuraban Luis de Peñalver, obispo de Nueva Orleans, la condesa de Jaruco y los marqueses de Peñalver y de Cárdenas y la calorizó el capitán general don Luis de las Casas. Admitiría solo a hembras y con 34 niñas se inauguró en 1794.

Con altas y bajas acometió la Beneficencia su humanitaria tarea. Su situación financiera era siempre difícil y a veces angustiosa. Hacia 1824 se abocó a la crisis, pero el capitán general Francisco Dionisio Vives la sacó del atolladero al disponer en su beneficio un impuesto sobre los billetes de lotería y otro sobre las peleas de gallos que tenían lugar en la valla que el propio gobernador mantenía en los fosos del castillo de la Fuerza.

Un hecho desgraciado vino asimismo en ayuda de la Beneficencia. Un incendio había destruido las chozas de la barriada de Jesús María. Vives, de acuerdo con el conde de Villanueva, intendente general de Hacienda de la colonia, dispuso que la Casa

adquiriese aquellos ya yermos realengos por la cantidad de 4 097 pesos fuertes. Luego, con fuerza de trabajo del presidio, se terraplenaron los manglares de la zona devastada y se abrió allí una nueva calzada, que llevó el nombre de Vives. El área se revalorizó rápidamente y la Casa de Beneficencia pudo vender sus terrenos con una ganancia de casi 40 000 pesos.

Vives además construyó la capilla de la Beneficencia y amplió sus locales a fin de que acogiese también a varones. En 1852 la Casa de Beneficencia y la de Maternidad se fundieron en una sola institución.

VALDÉS

Como aquellos niños expósitos recogidos en la primitiva Casa Cuna carecían de apellido, fray Gerónimo Valdés decidió darles el suyo. Gesto notable y original de ese obispo que tanto hizo por la salud y la educación en la Isla pues a su empeño con los niños desamparados se suman sus desvelos para el establecimiento del hospital de leprosos y su preocupación por el buen desenvolvimiento de los colegios de San Ambrosio (para varones) y San Francisco de Sales (para hembras) fundados por su antecesor Compostela. Fundó Valdés, en Santiago de Cuba, el Seminario de San Basilio, y fue persistente y enérgico en su idea de la creación de la Universidad de La Habana, que llevó su nombre, pero que no llegó a ver pues murió un año antes de que abriera sus puertas.

Al ingresar en la Beneficencia se daba a los niños el apellido Valdés. Recibían allí educación y se les adiestraba para un oficio. A los más dotados intelectualmente, se les ayudaba si lo decidían a hacer estudios superiores. Un niño de esa Casa, Juan Bautista Valdés, se hizo médico y llegó a ser director de la institución. El poeta Gabriel de la Concepción Valdés, que haría célebre el seudónimo de Plácido, era también un expósito.

FINAL

La Beneficencia llegó a disponer de cuantiosos bienes propios. No era raro escuchar la afirmación de que eran ricos los niños de la Beneficencia. Lo eran, ciertamente, pero no les tocaba. Durante mucho tiempo fue administrada por la Sociedad Económica de Amigos del País y una Junta de Patronos regía sus destinos. Se mantenía, mayormente, por la ayuda que le daba un grupo de filántropos y las cuestaciones públicas. En 1914, el presidente Menocal la convirtió en una institución estatal y la dotó de un presupuesto para su mantenimiento, sin que se renunciara por ello a los donativos y las colectas populares. Pero parece que las cosas no siempre anduvieron bien en la Beneficencia y resultaba lamentable que gobiernos que derrochaban y malversaban millones de pesos, se confiaran en la caridad y no dieran mejor atención a un centro como ese. Aun así no se puede desconocer la infinita bondad de sus propósitos. En los años 50 unos 150 niños ingresaban allí todos los años.

En el siglo XIX la caleta de San Lázaro, frente a la que se construyó la Beneficencia, era un paraje apartado y casi bucólico. En lo que ahora es el parque Maceo, se instaló la llamada batería de cañones de la Reina. Por la calzada de Belascoaín, frente al costado del edificio, estaba la plaza de toros de La Habana. Y muy cerca, pero más acá en el tiempo, el frontón de pelota vasca.

La ciudad fue creciendo y se metió encima de la Beneficencia. A fines de la década del 50, el gobierno de Batista compró el edificio. Sería demolido y en sus terrenos se construiría la sede del Banco Nacional. Se imponía buscar un nuevo sitio para el alojamiento de los expósitos. Triunfó la Revolución y se decidió instalarlos en lo que había sido el Instituto Cívico Militar, en Ceiba del Agua; un lugar amplio, salubre y apropiado para el desarrollo de la niñez y su esparcimiento. Se le dio el nombre de Hogar Granma a la nueva instalación.

La vida se transformaba en Cuba. La maternidad sin legalizaciones ni papeles dejaba de ser deshonrosa y las mujeres, sin excepción dueñas de sus vidas y destinos, entraban en capacidad para atender a sus hijos, incluso aquellas que los asumían como madres solteras. Bastaron entonces unas pocas casas para acoger a niños sin amparo filial. Ignora quien esto escribe qué pasó con aquel Hogar Granma ni cómo ni cuándo desapareció. El edificio de la Beneficencia fue demolido y se empezó la construcción del Banco. Un día esa obra se paralizó cuando ya se habían construido inmensas bóvedas para guardar los caudales de la nación. Y sobre lo hecho para la instalación bancaria se edificó el Hospital Ameijeiras.

<http://www.juventudrebelde.cu/columnas/lecturas/2007-05-06/la-beneficencia>

Juventud Rebelde | Diario de la juventud cubana

Copyright © 2017 Juventud Rebelde